



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AVENIDA DE  
MEXICO

**PERFILES  
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

**Sánchez Quintanar, Andrea (1995)**  
**“ENSEÑAR HISTORIA EN LA UNIVERSIDAD Y FUERA DE ELLA”**  
**en Perfiles Educativos, No. 68 pp. 45-48.**

## ENSEÑAR HISTORIA EN LA UNIVERSIDAD Y FUERA DE ELLA

Andrea SÁNCHEZ QUINTANAR\*

*Resulta indispensable, en el terreno de la didáctica de la historia, reflexionar ampliamente en las formas de enseñanza de esta disciplina en dos niveles: escolar y extra escolar.*

*Andrea Sánchez Quintanar -historiadora y profesora de historia- sostiene por ello en estas páginas, que «los problemas de la enseñanza de la historia deben ser propuestos y resueltos por los historiadores».*



**TEACHING HISTORY INSIDE AND OUTSIDE THE UNIVERSITY.** *In the field of the didactics of history it is essential to reflect extensively in the two ways of teaching this subject: inside and outside the school.*

*Andrea Sánchez Quintanar -historian and teacher- sustains that «the problems in the teaching of history should be pointed out and resolved by historians».*

Si nuestra premisa inicial es la reflexión sobre los problemas y retos que presentan las didácticas universitarias, en este caso particular, la didáctica de la historia, abordaré el tema en dos niveles: en primer lugar, la de la enseñanza de la historia dentro de la Universidad, en el nivel profesional, en lo que se refiere a la formación de los historiadores que habrán de egresar de ella como profesionales de esta disciplina; y en segundo lugar, en la proyección que la didáctica de la historia presente como proyección universitaria hacia el exterior, presentando de manera somera el amplio abanico de sus manifestaciones, para señalar sólo algunos de los problemas que puedo identificar, y proponer la urgencia de su estudio y discusión, para encontrar posibles soluciones o enfoques específicos.

Parece casi innecesario, por aparentemente evidente, que ambos niveles se encuentran estrechamente relacionados. No lo es tanto, sin embargo, si consideramos que una buena parte de las formas no profesionales de enseñar historia y aún muchas de las que sí son profesionales, no dependen de los profesionales de la historia propiamente dichos, precisemos: dentro de la enseñanza escolar de la historia, el egresado de la licenciatura en Historia de la UNAM sólo puede ejercer la docencia en los niveles medio superior y superior de la educación; de manera medianamente limitada, ejerce también en el nivel medio básico, y sólo de manera colateral y muy restringida a través de opiniones, asesorías, elaboración de materiales didácticos, en los niveles preescolar y primario de la educación.

No pretendo decir con ello que el historiador deba ser docente en los niveles en que por ahora no tiene influencia; me limito a señalar su restringido campo de acción en la enseñanza. Ello significa, por eliminación, que en la mayor parte de las demás formas en que se difunde o enseña la historia, el historiador profesional no participa, o lo hace limitadamente; tal es el caso de los medios masivos de difusión, en los que sólo en los últimos años, y de modo cuidadosamente seleccionado, se ha dado entrada a algunos historiadores como asesores históricos, la prensa, el cine y otras manifestaciones culturales.

De aquí podría derivarse la conclusión de que la transmisión del conocimiento histórico y la formación de la conciencia histórica no se desarrollan en los más amplios sectores de la población, y en función de la

---

\* Profesora de Carrera, titular del Colegio de historia. Facultad de filosofía y letras UNAM.

labor de los historiadores profesionales, sino sólo de manera indirecta a través de la producción de «ciencia básica», investigación histórica que, de alguna manera, llega a permear los diferentes niveles escolares y extraescolares a través de los cuales se difunde la historia. ¿Cómo se produce este fenómeno?. Para responder a esta cuestión sería necesario realizar amplias investigaciones de campo que permitieran conocer los vericuetos de este proceso; puedo afirmar, por lo pronto, que tal difusión no se produce por medio de procesos didácticos orgánicamente estructurados, que partan de un principio y persigan finalidades precisas, orientadas por los profesionales de la historia. Y, entonces: ¿cómo se forman los historiadores? ¿Para qué se estudia la licenciatura en Historia en la Universidad? La respuesta a estas interrogantes parece formularse claramente en la postulación de objetivos del Plan de Estudios de esta carrera, que actualmente se encuentra en proceso de revisión, pero sigue vigente. Se trata de: «1. Formar historiadores profesionales capacitados para desempeñar las diferentes actividades relacionadas con su disciplina, fundamentalmente como profesores en los niveles de enseñanza media y superior y como investigadores en las diversas ramas de los estudios históricos». Se propone también: «2. Posibilitar el desarrollo del pensamiento crítico y de la conciencia histórica de los estudiantes, de manera que estén en condiciones de explicar la realidad histórica en intervenir conscientemente en la transformación de su sociedad.» (*Plan de Estudios de la Licenciatura en Historia*. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 19-4, p.1).

Para lograr los propósitos antes señalados no se trata, evidentemente, de dar a conocer al estudiante los contenidos históricos, la historia «propiamente dicha»: los fenómenos, los hechos, los datos. Debe abordarse su enseñanza dentro de la orientación de lo que a mi juicio debe ser la formación universitaria en cualquier disciplina: enseñar a construir el conocimiento, a elaborarlo, a descubrirlo, a resolver los problemas que implican tales formulaciones mentales.

Si entendemos a la historia, de manera muy genérica, como «la ciencia del pasado», tendríamos que saber también que las concepciones contemporáneas nos hacen ver el pasado no como un esquema muerto, no como un bloque de granito, separado de nosotros y puesto ahí, para ser observado y estudiado, con pesas y medidas, sino como el conjunto de la vida transcurrida que nos constituye: lo que de ese pasado se encuentra en el presente; es decir, el pasado vivo, hoy.

De hecho, podemos decir que el pasado ya no existe, sino que existió. Sin embargo, del pasado tenemos lo que permanece hoy: es decir, las fuentes, los documentos, los libros, los datos y, desde luego, sus consecuencias en la vida actual. La labor del historiador consiste en la reconstrucción de ese pasado, de ese conjunto de pasados, entendidos como procesos, en los que los fenómenos se encuentran concatenados, en formas diversas y complejas, pero nunca como hechos sueltos ni aislados. Es por ello que los problemas a los que se enfrentan los historiadores que enseñan y los que aprenden -en el mismo Colegio de Historia, y en otros niveles-, abarcan múltiples aspectos que no siempre se logran comprender, y mucho menos integrar en el proceso de su enseñanza. Estos problemas abarcan desde el abordaje filosófico de la disciplina -el por qué y el para qué de la historia-; los diversos aspectos epistemológicos -las formas de construcción del conocimiento histórico; las diversas teorías de la historia y los métodos que las teorías implican; su aplicación a las áreas específicas del conocimiento histórico y, por último, su elaboración y formulación en una estructura formal orgánicamente estructurada, y con una forma de expresión al menos clara o, si es posible, estéticamente valiosa.

Al analizar las formas reales en las que se desarrolla la formación de los profesionales de la historia, encontramos que la unidad de la diversidad base y sustento indispensable de nuestra Casa de Estudios implica una enorme variedad en la conceptualización de lo que la formación de los historiadores debe ser. La muy amplia planta de profesores que integran el Colegio de Historia supone diferencias de calidad y de conceptualización, con un gran profesionalismo, en la mayoría de los casos, pero no necesariamente con una conciencia real respecto de los problemas a que me he referido en párrafos anteriores. En muchos de los casos, eminentes investigadores, de sólida formación y erudita información, conciben su labor como la transmisión de su saber, pero no llegan a percibir el significado de la formación del profesionista historiador.

Tal situación repercute directamente en el segundo nivel de problemas que me he propuesto tratar: el de la difusión amplia del conocimiento histórico. Puede suponerse que si no hay profesionales debidamente formados, la enseñanza de la historia tampoco se realiza adecuadamente. Con ello no quiero decir que no hay buenos historiadores en nuestro país, o que del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras no hayan egresado excelentes profesionales de la disciplina. Pero sí afirmo que no es necesariamente el estudio facultativo el que los forma como excelentes historiadores, sino que su formación se realiza después, en el ejercicio del quehacer profesional. En buena medida, la formación está orientada por muchos y muy buenos

profesores, cuyas enseñanzas y asesorías podemos aprovechar los egresados, mucho más en el terreno de la práctica post-facultativa, que en el interior de las aulas, a lo largo de los estudios de la licenciatura.

Por otra parte, tanto la formación como la información del futuro historiador se orienta mucho más hacia la investigación que hacia la docencia, pese a que, por el contrario, el terreno de la práctica profesional es mucho más amplio en la enseñanza escolar. Esta situación se demuestra en el Plan de Estudios, donde existe solamente un curso de dos semestres llamado «Didáctica de la Historia I y II». El enunciado de tal materia es limitado si se desarrolla con un concepto estrecho de la didáctica. En el curso que imparto como titular en la licenciatura en Historia, procuro abarcar de una manera general la problemática que plantea la enseñanza de la historia: problemas de organización educativa, elementos de sociología de la educación, los problemas específicos de la transmisión- difusión del conocimiento histórico (temporalidad, espacialidad y varios más) y, desde luego, los propiamente didácticos: formulación de objetivos, técnicas didácticas, proyectos de trabajo docente, programas y planes de estudio, etcétera.

Resulta por demás evidente la imposibilidad de tratar a fondo los problemas que aborda la enseñanza de la historia en el breve lapso de dos semestres, de tres horas semanales cada uno, así como el hecho de que no se ha desarrollado suficientemente la investigación sobre los problemas de su enseñanza. El desarrollo de las didácticas específicas en nuestro país es apenas incipiente, pese a los esfuerzos realizados por eminentes pedagogos, como el maestro Aguirre Cárdenas, presidente de esta mesa.

A mi juicio, la definición de los problemas de la enseñanza de una disciplina específica deben ser descubiertos, enunciados y resueltos por los profesionales de esa misma disciplina. Es decir, *los problemas de la enseñanza de la historia deben ser propuestos y resueltos por los historiadores*, sin soslayar, desde luego, el valioso apoyo y asesorías que puedan proporcionar los expertos de las áreas afines: pedagogos, sociólogos, economistas, antropólogos, filósofos, especialmente los relacionados con el estudio de la educación.

Resulta indispensable por tanto, si se quiere resolver los problemas educativos, incentivar e incrementar la investigación sobre las características y dificultades de la enseñanza de cada área. En el terreno de la historia, faltan muchas investigaciones sobre problemas concretos. Menciono, sólo a manera de ejemplo, algunos: la construcción del conocimiento histórico en cada nivel de la educación escolar: ¿cómo percibe el tiempo histórico el niño de primaria?, ¿cómo entiende el espacio histórico el adolescente de secundaria?, ¿cómo plantea el problema del sujeto de la historia el profesor del bachillerato?, ¿cómo relaciona las categorías históricas del arte con las propias de su disciplina el estudiante de historia del arte en la Facultad de Arquitectura?

Frente a estas interrogantes, habría que extender el ámbito de la investigación a las formas extraescolares de difusión de la historia: ¿cómo percibe los elementos de la historia el espectador de telenovelas históricas? ¿qué tipo de categorías de percepción social transmiten los programas de televisión que no son propiamente históricos?, ¿qué efecto ejercen en la formación de la conciencia social del telespectador?, ¿cómo se difunde la historia en los diversos medios de la prensa periódica? Y así, sucesivamente... Por supuesto, el solo enunciado de dicha problemática nos tomaría varias páginas más, pero no son esos los únicos temas a investigar: es necesario abordar también la relación que guardan algunos aspectos educativos con la percepción de la disciplina específica. De esta manera, resulta necesario abordar los problemas que presentan diversos aspectos de la organización educativa, las relaciones de la estructura de las instituciones educativas con los estudiantes y profesores, las que guardan estos entre sí, y la medida en que todo ello afecta el interés por el conocimiento histórico. Al mismo tiempo, se presentan también como problemas los aspectos didácticos concretos -técnicas didácticas, recursos auxiliares, formas de evaluación, y muchos más-, enfocados desde la perspectiva del historiador enseñante, y relacionados con el factor educando real y concreto que presentan los diversos niveles, tipos y condiciones educativas de nuestro país. A lo que habría que añadir los problemas teóricos y metodológicos surgidos de la investigación histórica, pero que asumen características propias en el proceso de la enseñanza-difusión. A manera de ejemplo, menciono sólo dos de ellos, pero evidentemente los colegas historiadores podrán descubrir y formular muchos más. El primero de ellos es el de la selección: parece obvia la imposibilidad de enseñar todos los acontecimientos históricos; ni siquiera se conocen todos ellos; incluso nos preguntaríamos si es necesario conocer todos los hechos acontecidos en el pasado. Entonces: ¿cómo decidir cuáles fenómenos o procesos enseñar, y cuáles eliminar en cada programa de historia, en cada nivel educativo, dentro de cada tema? El asunto que se presenta también al investigador, quien ha de delimitar la parcela de sus afares académicos, se resuelve de manera subjetiva, aunque orientada en ocasiones por la luminosa guía de alguna teoría. Pero... ¿y en el caso de la enseñanza? ¿Somos conscientes los historiadores enseñantes, los profesores de historia, de las razones por las cuales elegimos un

proceso y no otro, un periodo si y otro no, para hacerlos objeto de aprendizaje de nuestros alumnos? O bien, simplemente nos conformamos con criticar el programa que se nos impone, pero lo seguimos sin «chistar».

El segundo problema que quiero citar como ejemplo es el de la orientación teórica que el profesor de historia puede elegir como base de su enseñanza: ¿se conoce, en realidad, una teoría de la historia a la cual nos adscribimos y según la cual desarrollamos nuestros cursos? O bien, ¿estamos conscientes de que sin seguir una filosofía de la historia precisa, adoptamos una posición ecléctica, pero elegimos con claridad los criterios a seguir en la explicación de los fenómenos o los procesos históricos? Es claro que la respuesta a éstas y otras múltiples interrogantes no puede festinarse. Es necesario investigar, discutir, acordar, resolver... Los primeros obligados a ello somos los propios historiadores. Según afirmaba, hace ya tiempo, el Doctor Edmundo O'Gorman: «El tiempo está muy vencido para que todo historiador, sea cual fuere su postura filosófica, haga un esfuerzo para cobrar plena consciencia de ella, y por lo tanto, del significado y alcance de su actividad cultural».

Nunca como ahora, en este fin de siglo, se hace necesario tomar consciencia de la necesidad impostergable de difundir el conocimiento histórico. La formación de una consciencia histórica implica el reconocerse como ser social, que forma parte de una comunidad en transformación, pero también implica la percepción de que el pasado me constituye y me condiciona, a la vez que mi presente constituirá y condicionará mi futuro y el de los demás miembros de la comunidad a la que pertenezco. Esta conciencia histórica depende de una adecuada conformación del conocimiento histórico como un *conocimiento vital*, es decir, un conocimiento sin el cual no sea posible la vida verdaderamente humana. He expuesto las razones de fondo para hacer esta afirmación en otros textos, y llevaría demasiadas páginas el reproducirlas aquí.

Baste por ahora señalar la necesidad de hacer consciencia de todo lo dicho, en primer lugar, por parte de los historiadores. En seguida, señalar la urgencia de incidir en las comunidades académicas para incentivar la discusión, el planteamiento y la propuesta de solución a los problemas aquí señalados, además de todos los que en tales cenáculos puedan presentarse.

Para el historiador implica el compromiso de «dar sentido» a su quehacer, otorgar razón de ser a la propia actividad vital implica no sólo una justificación utilitaria, sino acatar el fundamento de su actuar para convertirlo en norma de conducta y sustento teórico para cada uno de los aspectos, las afirmaciones y los actos que constituyen su trabajo profesional.

## NOTAS

1. Edmundo O'Gorman. *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México, UNAM, 1947, p. XI.
2. Andrea C. Sánchez Quintanar. *Reflexiones en torno a una teoría sobre la enseñanza de la historia*. México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1993. Tesis de Maestría en Historia.